

IAN TATTERSALL

LOS SEÑORES DE LA TIERRA

La búsqueda de nuestros orígenes humanos

Traducción de
DAVID LEÓN GÓMEZ

PASADO Y PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
Simbolismo y arte rupestre	12
Los caprichos de la evolución	17
La función del azar	21
 PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS DE LA EVOLUCIÓN HUMANA	 25
 1. PRIMEROS ORÍGENES	 27
Señor primer homínido, ¿le importaría ponerse de pie?	29
Elenco de personajes	33
¿Para qué ser bípedo?	42
Simios bípedos	50
 2. EL AUGE DE LOS SIMIOS BÍPEDOS	 57
¡Qué hallazgo, el de Lucy!	58
Laetoli	66
Dikika	69
Río arriba	74
 3. EL ESTILO DE VIDA DE LOS PRIMEROS HOMÍNIDOS Y SU MUNDO INTERIOR	 81
Estar siempre bien alimentados	81
¿Qué pueden contarnos los chimpancés?	86
Comportamiento especializado de los simios bípedos	90
Las primeras sociedades	94
El mundo interior	100

4. AUSTRALOPITECOS PARA TODOS LOS GUSTOS	111
El África oriental	116
5. SALIR POR PIERNAS	123
Bípedos a tiempo completo	133
El Niño del Turkana	134
Un cambio radical	138
6. LA VIDA EN LA SABANA	151
El fuego y la cocina	158
El entorno social	161
7. MEMORIAS DE ÁFRICA QUE NO SE BORRAN	167
Mientras tanto, en casa	173
Cerebros y tamaños cerebrales	179
8. EL PRIMER HOMÍNIDO COSMOPOLITA	185
9. LAS GLACIACIONES Y LOS PRIMEROS EUROPEOS	195
Las glaciaciones	196
Los primeros europeos	202
Orígenes neandertales	206
10. ¿QUIÉNES ERAN LOS NEANDERTALES?	213
Los genes neandertales	219
La dieta neandertal	224
El estilo de vida neandertal	227
Neandertales y materiales	231
11. LO ARCAICO Y LO MODERNO	235
12. UN ADVENIMIENTO ENIGMÁTICO	243
La anatomía moderna del «Homo sapiens»	244
Las pruebas moleculares	252
13. EL ORIGEN DE LA CONDUCTA SIMBÓLICA	259

14. AL PRINCIPIO FUE EL VERBO	269
Genes, lenguaje y laringes	271
El despertar simbólico.....	276
La transición	280
Lenguaje, símbolos y el cerebro humano	286
<i>Epílogo</i>	291
<i>Notas y bibliografía</i>	299
<i>Agradecimientos</i>	331
<i>Índice alfabético</i>	333

PASADO Y PRESENTE

PRÓLOGO

Si observamos el rostro de un chimpancé y lo miramos a los ojos, es casi seguro que nuestra reacción será intensa, compleja y confusa. Tal vez sintamos, a la postre, el impulso de echarnos atrás, igual que hacían los victorianos por entender que los simios poseían una ferocidad brutal que servía de recordatorio poco grato del lado oscuro de la humanidad, tan temido y, por lo común, reprimido. En nuestros días, sin embargo, es más probable que veamos en él algo más positivo: no tanto un intento fallido de alcanzar la civilización humana como una vislumbre vaga de los hondos cimientos biológicos en los que se fundan, en definitiva, la cultura y la creatividad modernas. Con todo, sea cual sea nuestra reacción, se deberá, sin duda, en gran medida a lo mucho de nosotros mismos que observamos en su mirada, y la cara de la moneda humana que veremos reflejada dependerá por entero de nosotros, y no del chimpancé.

Esta ambigüedad hace que resulte muy frustrante que el simio no pueda expresarnos su estado de ánimo, ni responder a las preguntas que queramos formularle al respecto. No obstante, si poseyera la facultad de hablar, sería, pese a todas las diferencias físicas que nos separan de él, uno de los nuestros. Nada de cuanto pudiera hacer lo situaría de un modo más firme en el terreno de los humanos, pues desde antiguo se ha tenido por cierto que el lenguaje nos define en mayor medida que ningún otro elemento. De hecho, el jurista escocés James Burnett, lord Monboddo, se erigió en precursor del pensamiento evolutivo en la década de 1770 al dar a entender que la adquisición del lenguaje fue el rasgo fundamental que separó a la humanidad de los animales «inferiores»: una idea por demás atractiva a nuestra intuición en la que han insistido numero-

sos pensadores desde entonces. En el cuarto de milenio transcurrido desde la época en que escribió lord Monboddo se ha ido acumulando un vasto tesoro de información relacionada con este asunto en áreas científicas muy variadas que van de la lingüística a la genómica o la neurobiología; y lo más importante: hemos aprendido muchísimo acerca de la diversidad y el comportamiento de quienes nos precedieron sobre la faz de nuestro planeta; lo suficiente, cuando menos, para que podamos empezar a hacer conjeturas con cierta confianza acerca del modo, el momento y el contexto en que adquirió la humanidad sus extraordinarios hábitos intelectuales y comunicativos.

El relato que da cuenta de cómo nos hicimos humanos no es precisamente breve, y lo cierto es que el mejor modo de contarlo es partiendo de sus comienzos remotos, mucho antes de que llegara a columbrarse con concreción lo que estaba por venir. Volvamos, pues, unos instantes al chimpancé y sus parientes. Apenas cabe sorprenderse de que los simios se parezcan a nosotros hasta extremos tan perturbadores, dado que son los primos más cercanos que nos quedan con vida en la biosfera, y con los que compartimos un ancestro común que vivió, tal vez, en una fecha tan reciente como la de hace siete millones de años —un instante en la historia de la vida—. Aun así, en este breve lapso de tiempo no hay ningún otro linaje animal que haya cambiado tanto como el nuestro, y eso quiere decir que, aunque ellos también hayan evolucionado, resulta razonable observar a los chimpancés y a sus familiares a fin de buscar claves que nos sugieran cómo debía de ser nuestro ancestro común. Y lo cierto es que, si estos primates pueden ofrecernos un atisbo fiable de dicho antepasado, este debió de ser, en verdad, una criatura compleja en extremo. Los chimpancés crean lazos afectivos, se pelean y se reconcilian; engañan; se matan los unos a los otros; fabrican herramientas; se automedican... Viven en sociedades por demás complicadas, y en la lucha por obtener una posición ventajosa en el seno de ellas, forman alianzas intrincadas y se ven envueltos en maquinaciones que algunos observadores han calificado nada menos que de *políticas*. Si los humanos no hubieran evolucionado nunca, los simios habrían sido hoy, casi con toda certeza, en lo cognitivo, los animales más complejos que hubiesen existido jamás.

Y sin embargo, aquí estamos, y la historia de cómo hemos llegado, tras dejar atrás —o arriba, en las ramas de los árboles— a nuestros primos primates es quizá la más compleja y fascinadora por sí que haya tratado jamás de referir una especie tan amante de las narraciones como la nuestra. Al mismo tiempo, no obstante, constituye un relato por demás esquivo, pues si bien la comparación con los simios puede ayudarnos a crear un punto de partida para nuestra dilatada trayectoria evolutiva, sucede que los seres humanos somos algo más que una versión mejorada de ellos: nuestra presencia en el planeta carece de precedente alguno. Y dar cuenta de lo excepcional ha sido siempre una tarea muy poco grata.

Pese a las dificultades que comporta el hecho de tratar de ofrecer una explicación a nuestro propio ser, podemos contar con una base sólida desde la que comenzar. El último siglo y medio ha sido testigo del acopio de un registro fósil notable que, si bien no lograremos completar jamás, nos ofrece ya un destello sustancioso del aspecto y la asombrosa variedad que presentaban los parientes colaterales que nos precedieron en la Tierra en tiempos remotos. Aquellos precursores del ser humano, además, destacan por haber dejado vestigios arqueológicos —huesos de animales descuartizados, artefactos de piedra, restos de los lugares que habitaron...— que nos hablan con elocuencia de sus actividades diarias y de la complejidad que fueron alcanzando con el paso del tiempo.

La de documentar las colosales transformaciones físicas y tecnológicas que acompañaron la larga expedición que nos llevó del simio antiguo al ser humano moderno constituye, cuando menos en principio, una labor relativamente sencilla; pero el secreto de la clase particular de éxito de que goza en nuestros días nuestra especie radica en el modo tan poco común de manejar la información que posee nuestro cerebro, y la mentalidad es algo muy difícil de leer en huesos y restos materiales, al menos en el grado suficiente para dar con indicios incontestables de la presencia de un intelecto equivalente al nuestro. Sea como fuere, resulta evidente que este estadio final se alcanzó de un modo muy tardío si lo comparamos con la aparición de los primeros integrantes de la familia humana, por más que desde el punto de vista de la historiografía moderna posea una antigüedad aturdidora. A muchos les podrá parecer un tanto sor-

prendente semejante tardanza, dado que la tradición nos ha enseñado a considerar la prolongada historia del hombre como una lucha extendida y gradual de lo primitivo a la perfección, y esto hace suponer la existencia de precursores tempranos de nuestro ser posterior. Sin embargo, la realidad es bien distinta, siendo así que cada vez se hace más manifiesto que la adquisición de la sensibilidad excepcional de que disfrutamos hoy fue, por el contrario, un acontecimiento abrupto y reciente. De hecho, se produjo *durante* la dominación de la Tierra por parte de humanos que poseían un aspecto idéntico al nuestro. Asimismo, la expresión de esta sensibilidad recién adquirida se vio propiciada, casi con toda seguridad, por la invención de lo que quizá sea el rasgo más notable de los seres que somos en el presente: el lenguaje.

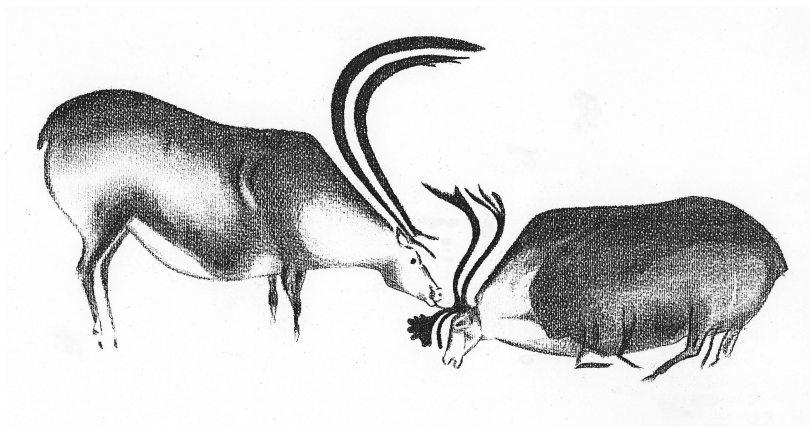
Este salto final que dimos en el ámbito de la comunicación y el conocimiento dista mucho de ser todo el relato. La base sobre la que se construyeron el cuerpo y la mente modernos se formó en un tiempo mucho más remoto, y la mayor parte del presente libro está consagrada al estudio de lo más profundo de estos cimientos. Ello es que nada de lo que somos hoy habría sido posible en ausencia de ninguno de los aspectos que conforman nuestra excepcional historia. Es en África donde hemos de mirar para hallar los primeros indicios del intelecto humano actual; pero los caprichos de los testimonios de que disponemos son tales, que necesitamos contemplar el asombroso arte rupestre de la Europa de la glaciación para dar con el primer rastro de seres humanos que no solo pensaban como nosotros, sino que dejaron extensa constancia de ello.

SIMBOLISMO Y ARTE RUPESTRE

La fuerza y el refinamiento de estas primeras manifestaciones artísticas, ejemplificados de un modo inestimable por las célebres imágenes de animales de los techos y las paredes de las cuevas de Altamira, en España, y de Lascaux y Chauvet, en Francia, se hacen mayores, en cierto modo, por el conocimiento de que quienes las pintaron vivieron en una época de la historia humana remota hasta

extremos impensables. Y es que, a pesar de lo luminoso de sus colores y su concepción, estas creaciones extraordinarias son obra de cazadores recolectores que vivieron en torno al período más intenso de la última glaciación, hace entre treinta y cinco mil y diez mil años, más o menos: una época inclemente de veranos fríos e inviernos largos hasta lo indecible, en los cuales no era infrecuente que se presentaran desiertos numerosos paisajes que hoy están poblados de árboles. La antigüedad de este arte resulta pasmosa y, sin embargo, su contemplación nos hace comprender por entero la afirmación de Picasso, quien, al parecer, aseguró que los pintores rupestres lo habían dejado sin metas que alcanzar. Sin lugar a dudas, es imposible imaginar un indicio más claro de que el espíritu creativo del ser humano, maravilloso y sin precedentes, se hallaba ya totalmente formado en aquel período remoto de la prehistoria moderna.

Tomar conciencia de ello no ha sido cosa sencilla. La intuición de los científicos decimonónicos no lo tuvo nada fácil para aceptar que los habitantes del sur de Francia y el norte de España que vivieron en aquella antigua glaciación hubiesen podido crear una tradición artística que abarcaba pintura, grabado, escultura y bajorrelieve y que, en sus manifestaciones más magníficas, llegó a igualar y aun a superar en vigor a cuanto se lograría con posterioridad. Tras el descubrimiento en Altamira, en 1879, de las primeras pinturas rupestres —que se cuentan entre las mejores de que tenemos noticia—, la admiración que suscitaron no tardó en dar paso a la duda. ¿Cómo era posible que manifestaciones artísticas tan refinadas y acabadas fuesen obra de gentes de semejante antigüedad? ¿Cómo iban a haberlas creado «salvajes» sin residencia fija, simples cazadores y recolectores que vagaban por los diversos paisajes para sacar provecho de su liberalidad, antítesis manifiesta de las personas civilizadas del siglo XIX, que consagraban magníficas catedrales al culto divino, erigían casas de gran solidez para procurarse abrigo y ponían a su servicio la tierra y cuanto crecía en ella? Fue necesario que se sucedieran los hallazgos de arte prehistórico en cuevas inexploradas y en yacimientos arqueológicos recién descubiertos para convencer al mundo de que, de hecho, la posesión de una mente evolucionada no estaba reñida con un estilo de vida «primitivo»; para hacer aceptable la idea de que, muchísimos milenios atrás, habían



Representación en blanco y negro de una pintura mural policroma desvaída en nuestros días, elaborada hace unos 14.000 años en la cueva francesa de Font de Gaume. Una cierva se arrodilla ante un macho de su especie que, inclinado sobre ella, le lame la frente con delicadeza. Dibujo de Diana Salles basado en uno de H. Breuil.

existido hombres que, sin construir casas ni labrar los campos, habían creado un arte fabuloso, habían llevado una existencia misteriosamente compleja y habían sido idénticos a nosotros en lo tocante a los fundamentos cognitivos.

Huelga decir que aquellas gentes antiquísimas y las sociedades cuyas creencias y valores encarnaban dichas imágenes de Lascaux y Altamira desaparecieron hace ya mucho tiempo. En consecuencia, aunque tengamos a nuestra disposición indicios materiales, conservados de un modo casi milagroso, del espíritu creador de aquellos seres humanos que se desvanecieron hace tanto tiempo, jamás sabremos con certeza cuáles eran dichas creencias y valores. Con todo, la distancia cultural y temporal no nos impide estar seguros de que las gentes de Altamira, Lascaux y el resto de yacimientos eran nosotros mismos en lo esencial y estaban imbuidas del mismo espíritu humano extraordinario que nos anima hoy a nosotros.

Cabe destacar que las paredes de Lascaux y otras cuevas no están decoradas solo con imágenes animales trazadas con la destreza, las dotes de observación y la inteligente estilización que sitúan a sus creadores entre los mayores artistas de todos los tiempos, sino que entre estas figuras reconocibles, y por encima de ellas, se situaron

motivos geométricos —líneas cruzadas y punteadas, signos semejantes a flechas...— que, sin lugar a dudas, poseían un significado concreto para sus creadores. Aunque, por desgracia, no tenemos modo alguno de conocer qué habían pretendido expresar los artistas, si consideramos el evidente carácter específico de las imágenes y la complejidad con que se yuxtaponen, nos daremos cuenta enseguida de que van más allá del mero arte figurativo para hacerse simbólicas. Todas las representaciones que hay presentes en aquella cueva y en otras, sean realistas o geométricas, están preñadas de significaciones que trascienden su simple forma.

Aun cuando seamos incapaces de saber con exactitud lo que significaba el arte de Lascaux para sus creadores o para sus destinatarios —ni de determinar, de hecho, si estos y aquellos no serían los mismos—, resulta innegable que el significado de aquel arte iba mucho más allá de lo que podemos observar de forma directa. Y esta, por extraño que pueda resultar, es una de las más poderosas de las muchas razones por las que tantos de nosotros ofrecemos ante el arte del período glacial una respuesta surgida de lo más profundo. Y es que, pese a la infinita variedad cultural que ha marcado el largo camino a la experiencia humana, si hay una sola cosa que nos una hoy día a todos los seres humanos es nuestra aptitud simbólica, la capacidad que compartimos para organizar el mundo que nos rodea conforme a un vocabulario de representaciones mentales que podemos recombinar en nuestra mente en una variedad inagotable de modos nuevos. Esta facultad mental exclusiva nos permite crear en la imaginación los mundos alternativos que constituyen la base misma de la diversidad característica de nuestra especie. Las demás criaturas viven en el mundo más o menos como se lo ofrece la naturaleza, y reaccionan ante él de un modo más o menos directo, por más que, en ocasiones, lo hagan con un grado notable de refinamiento. Los seres humanos, en cambio, habitamos en gran medida en los universos que rehace nuestro cerebro, aunque en ocasiones se empeñe en inmiscuirse la cruda realidad.

Los humanos somos excepcionales en muchos sentidos, tanto en el plano de lo físico como en el de lo cognitivo; pero el elemento que nos hace ser diferentes de otras criaturas en mayor medida que ningún otro ser es el modo singular que tenemos de tratar la infor-

mación que recibimos, lo que hace, a su vez, que *nos sintamos* diferentes. Este hecho, además, carece, tal como espera poder demostrar el autor del presente libro, de precedente alguno: el don del razonamiento simbólico no solo está ausente en los familiares más cercanos que nos quedan con vida, los grandes simios, sino que también lo estaba, a ojos vistas, en los que ya se han extinguido, y aun en los primeros humanos cuyo aspecto era idéntico al nuestro. Al mismo tiempo, sin embargo, los humanos modernos tenemos, en lo intelectual, muchísimo en común con todos aquellos familiares, tanto vivos como desaparecidos, y lo que viene aún más al caso: por más que queramos preciarnos de nuestra condición de seres inteligentes, lo cierto es que apenas cabe duda de que no somos del todo seres racionales, tal como podrá advertir sin más explicaciones cualquiera que observe nuestra especie. Uno de los motivos principales de esto es que, a lo largo de las peripecias de una historia evolutiva larga y azarosa, algunos de los componentes más nuevos de nuestro cerebro —ese órgano extraño y complejo que tenemos alojado entre las orejas y gobierna nuestro comportamiento y experiencia— siguen comunicándose entre sí a través de estructuras antiquísimas.

Dada la construcción peculiar a que ha dado pie su compleja historia, nuestros cerebros distan mucho de poder compararse, de forma directa, a una proeza de ingeniería humana. De hecho, lo más seguro es que no haya modo alguno de hacerlo. Ello es que los ingenieros se afanan siempre, aun cuando se ven constreñidos de forma consciente o inconsciente, en buscar soluciones *óptimas* a los problemas a los que se enfrentan, mientras que, en lo que duró el proceso prolongado y poco metódico que culminó en la aparición del cerebro humano moderno, los elementos ya existentes tuvieron, en todo momento, una influencia muchísimo mayor sobre el resultado histórico —sobre lo que ocurrió de veras a la postre— que cualquier posibilidad de rendimiento futuro. Y ¡a Dios gracias!, porque, al cabo, si hubiese sido concebido como se diseña una máquina y especializado en la ejecución de una tarea concreta, no habría sido otra cosa que eso: una máquina, predecible y tediosa por carecer de chispa vital alguna. Pese a sus numerosos defectos, es precisamente lo caótico, lo adventicio de nuestros cerebros lo que nos convierte en seres creativos, emotivos y de gran fertilidad intelectual.

Esta noción es contraria a la idea de evolución que nos enseñaron, por lo general, en la escuela, donde, en caso de que llegara a mencionarse este fenómeno fundamental de la biología, se trataba como un refinamiento lento e inexorable que tiende siempre a la conquista de lo perfecto. Así, antes de embarcarnos en este relato del ser humano, parece razonable que dediquemos unos momentos a estudiar con más atención el proceso singular al que debemos nuestro advenimiento, pues aunque podamos tenernos, de forma justificada, por seres extraordinarios, lo cierto es que no somos más que el fruto de una historia biológica de lo más corriente.